

RACHID BENZINE

ANTE LOS OJOS DEL CIELO

Traducción de Lucía Dorín



¡Gritaré en mi soledad,
no para despertar a los que duermen
sino para que mi grito me despierte
de mi imaginación cautiva!

Mahmud Darwish, *Estado de sitio**

* Traducción del árabe de Luz Gómez García, Madrid, Cátedra, 2002

1

No hay Romeo bajo mi ventana. No soy Julieta.

Bajo mi ventana, hay miles de personas que salieron a la calle para protestar. Hoy, también ayer. Desde hace semanas la misma canción. Nuevos días, nuevas matanzas. La tercera inmolación del mes. Con el precio de la gasolina, suicidarse no es barato. Esta vez, un periodista. La otra vez, un comerciante de pescado. Antes, un estudiante. Mañana, una adolescente violada, abandonada por su familia. Todos a imagen de nuestra sociedad.

Sin embargo, quiero tanto a mi país. A su gente. Grandilocuente, perdida en sus certezas, ignorante pero generosa hasta el olvido de sus propios deseos. Un país, su gente. Herida. Herida, pero viva. Y mucho más viva desde que llegó la revolución. La nuestra. La de todas las esperanzas.

Cada cual tiene la suya. Su sueño. Su sed. Que empuja a creer. En el mañana.

Y en medio de todo eso, yo.

Me llamo Nur. En casa, somos prostitutas de madre en hija. Mejor dicho, desde hace dos generaciones. Nada que alardear de un arte ancestral. Pero deja marcas. En el cuerpo. En la piel. Por dentro, en alguna parte. Algo que algunos llaman el "alma". Tal vez es eso. No sé mucho. En todo caso, una amargura, al pensar en eso, que dan ganas de vomitar. De terminar con eso.

Así, de un chasquido de dedos. Desaparecer. Un último vuelo hecho desde lo alto de un minarete. Bajo las ruedas de un tanque. Ya no ser más que papilla. Un charco de carne, de mierda, de sangre. Imaginarse así. Una imagen mucho más asquerosa que la que nos devuelven las personas con las que nos cruzamos. Porque la imagen que tenemos de nosotras mismas no la podemos disimular. El maquillaje puede engañar. Una misma no se engaña. Con o sin base de maquillaje, con o sin lápiz labial, con o sin rubor, nuestro espejo interior refleja exactamente quiénes somos. Ni la hipocresía ni los halagos se reflejan ahí.

Heredé las curvas de mi madre. Su porte altanero. No sé si ella hubiera podido ser algo distinto que puta. Princesa, tal vez. Nunca nadie le ofreció zapatillas de cristal.* Solamente medias. Ligas. Corpiños. *Baby dolls*. Jarreteras. Tangas. Corsés. Para humillarla. Cada día un poco más.

Se daban vuelta a su paso. Los hombres, para insultarla. Las mujeres, para maldecirla. Los hombres, por deseo. Las mujeres, por celos. Un cuerpo de mujer, incluso el más hermoso del mundo, es una fortaleza asediada. Ya sea que esté limitado en una vestimenta de pudor patológico o revelado por un *deshabillé* sugestivo. Los hombres lo redujeron a eso. Una cárcel que encierra nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestra fragilidad. La que encierra nuestra inteligencia, nuestra sensibilidad, nuestra creatividad. Que encierra nuestra vergüenza. Tan a menudo.

Desde que nació, mi madre sufrió un castigo doble: ser bella y ser pobre. Y todo eso en un país que sufre a su vez una do-

* En el original francés dice "*pantoufles de vair*", haciendo mención al juego de homofonías que propone la versión del cuento *La Cenicienta* de Charles Perrault. La palabra "*vair*" suena igual que cristal, pero hace referencia a la piel gris y peluda de un animal llamado petigrís, un tipo de ardilla. Se juega así con el doble sentido de unas zapatillas de cristal o de unas pantuflas de piel o simplemente peludas [N. de la T.].

ble maldición: ser pobre y ser colonizado. Eso transforma un porvenir en destino. Un destino bien trazado. Algunos dicen por Dios. Otros por Satanás. Más trivialmente, por la Historia, los cambios económicos o sociales. Parece complicado, pero se resume en la siguiente mecánica: sin dinero, sin relaciones, sin palanca... Solo quedan los clientes. Clientes que prometen un empleo. Uno de verdad. Donde no tendrás que desviar la mirada. Donde podrás observarte en un espejo sin excomulgarte. Para mi madre, las promesas de pequeños trabajos se detenían en la entrevista laboral. Una mano perversa buscando en su ropa interior. Regresándola invariablemente a la actividad sordida que le hacía ganar el pan. Que me alimentó durante todos estos años.

Pero mi madre tenía un proyecto que le mantenía la cabeza a flote. Yo. Su hija. Y un único objetivo: “Mi hija nunca será puta”. Pero no habrá tenido tiempo de transformar mi destino en porvenir. Sin embargo, hizo lo mejor que pudo brindando sus servicios a dos generaciones de militares. No escatimó ni en las horas suplementarias ni en las fantasías que le imponían. Siempre y cuando pudiera alimentarme, pagar mi educación en una escuela privada, aunque fuera modesta. Que me prometía otra vida.

Mi madre era una puta de guarnición. No es una expresión. Es lo que era. No existe ningún cuartel sin prostíbulo. “Un buen puesto”, estimaba ella. Una pequeña ganancia por cliente, pero todo un cuartel de clientes. Una vivienda lúgubre pero limpia. Y un servicio sanitario garantizado por el Estado.

Las primeras en el frente, las colegas de mi madre, mucho más grandes, ni siquiera sabían si tenían sexo con franceses o con ingleses. Polvo tras polvo, poco importaba la bandera. De a batallones enteros, armados hasta los dientes, esos gloriosos sol-

dados debían traernos su civilización liberadora y deslumbrante. Esas chicas, esas mujeres, esas señoras no habrán conocido más que el sudor ávido y el gusto agrio de las perversidades de los unos y los otros. Para ellas, la época de la colonización o la época del twist fue más de lo mismo.

Después cambiaron los uniformes. No sus modos. Siempre violentos, siempre arrogantes. Mi madre hizo su entrada en escena cuando no era más que una campesina. Violada por su patrón, solo se había salvado por la mano tendida de esas trabajadoras. Ellas le enseñaron el oficio. Ellas la introdujeron en la guarnición. Mi madre aceptaba todo de las bestias de nuestro ejército que se había vuelto nacional. Siempre y cuando pudiera pagar mi escuela. El twist le cedió el lugar al disco. El disco al house, el house al tecno. Mi madre no bailaba. Era la pista de baile. Así fue como me tuvo. Siempre hay un pequeño plus si aceptas tener sexo sin preservativo. No sucede sin riesgos... Pero todo eso, para ella, no era nada. Nada más que su vida. Más tarde me enteré de que Nietzsche había escrito: "El alma no es sino una parte del cuerpo". ¿Por qué no? Ese tipo solo debe de haber conocido putas antes de morir de sífilis... A menos que no sea más que una leyenda. Eslimán me habló de eso. Eslimán es mi enamorado.

A mi madre no la mató la sífilis. Sino sus embarazos. Sobre todo, sus abortos. Yo era la que los realizaba. La primera vez, tenía ocho años. Me explicó cómo mover las agujas de tejer dentro de su bajo vientre para matar a un hermanito o una hermanita que ella no hubiera podido alimentar. Mis manos inhábiles, temblorosas. El miedo. Sus gritos. La sangre corriendo entre sus piernas. Al final, me tomó en sus brazos y lloré un rato largo contra su pecho candente.

La operación se reprodujo. Tomando distancia, me digo que la temible asesina de niños en la que así me había convertido

les permitió a sus hermanos y hermanas acceder al mundo de los ángeles. A falta de una vida, les regalé la eternidad. Al mirar mi existencia y lo que probablemente habría sido la suya, es poco decir que ganaron con el cambio... En todo caso, es lo que me digo para alejar mis remordimientos. Esa vocecita lacerante y cruel que me despierta por la noche. Monopoliza con demasiada frecuencia mi atención. Viene a destruir mis escasos momentos de alegría.

Mi madre abusó de los abortos. Murió por eso. Yo la maté. Una noche se vació. Yo tenía doce años. Eso fue lo que les conté a los gendarmes. Como único consuelo, me violaron de a muchos el día que siguió a la última noche de mi mamá.

“Mamá”... Fue la última vez, ese día, que pronuncié esa palabra. Después de haberlo gritado por horas durante el naufragio de mi virginidad. El desastre de mi inocencia. Se dice de las hurís, las vírgenes eternas del Paraíso que el Corán promete al hombre virtuoso, que su himen se reconstituye después de cada coito. ¿Sienten tanto dolor, como yo ese día, con cada nueva penetración? Entre las manos de esos monstruos condecorados perdí mi fe en Dios. Lo insulté con mis palabras infantiles. Al día siguiente, me obligaron a hacer la calle.

2

Para mi primer cliente, me habían hecho beber. Mucho. Pero no lo suficiente para que no me acuerde de lo esencial. El alcohol tiene esa virtud de embellecer lo sórdido, de anestesiar la percepción. Parecía un hombre piadoso. La barba, la ropa, la marca del rezo en la frente. Su asco perceptible por mi aliento que apestaba a vodka barato. Aparentaba ser tímido. Incómodo. Mi aspecto infantil le resultaba irresistiblemente. Nada lo detuvo. Ni mi mirada triste y vacía ni las marcas de los golpes sobre mi cuerpo. Creo que estaba tan excitado que fue todo muy rápido. Pero el tiempo parece largo cuando no hay ningún placer. Cuando solo se gana sufrimiento, asco. De sí misma. Me agradeció. Y luego se fue. Dejándome desnuda sobre la cama, con las piernas abiertas, paralizada. Una lágrima me corría por la mejilla de nenita, enrojecida por su barba. Ese día, hizo de mí una puta para siempre.

Todas las noches, mis proxenetas en uniforme me forzaban a tener nuevos clientes. Las profanaciones de mi pequeño ser enclenque eran cada vez más inmundas. Me tragué esperma, meo y mierda. Era un aprendizaje, el del envilecimiento. Cada noche, alcohol. Los golpes, las bofetadas, los insultos, las órdenes. La obligación de reír con una risa loca cuando tres hombres destruyen al mismo tiempo lo que una considera lo más preciado.

Reír so pena de recibir todavía más golpes. Pasar del azote a la vara. De la vara al látigo. Parece que es así como una se acostumbra al oficio. Sobre todo, que se lo acepta. Una vez que una lo perdió todo, lo impensable se vuelve normal. Se sigue sufriendo, pero ya no hay resistencia.

Y un día la formación llega a su fin. Casi dan ganas de agradecerles a nuestros verdugos. Lo hacemos, incluso. Por miedo a que todo vuelva a empezar. Y nos quedamos solas, frente a nosotras mismas. Frente al dinero de los clientes que el destino de una chica de doce años no logra apiadar sino excitar tanto. Sonreír y reír, siempre, desde los primeros minutos. Es la clave. No hay que rechazar al cliente. Hay que hacerle sentir que nuestro sufrimiento es placer, nuestra humillación una recompensa merecida. De chica de doce años, nos volvemos una “pequeña zorra”. Con medias de seda demasiado grandes para nuestras piernas flacuchas.

Como todas las mañanas, o casi, en un barrio tranquilo, llevo por fin a mi minúsculo estudio que alquilo para mi trabajo. Contrariamente a mi madre, terminé por conseguirme un lugar. Incluso en mi oficio, “trabajadora independiente” suena mejor que “puta de guarnición”. Cada cual siente orgullo de lo que puede... Acá, si queremos salir adelante de verdad, no podemos tener otro trabajo. Por eso tomé una decisión que no lo es del todo: me volví puta de tiempo completo.

Estoy por cumplir cuarenta años. Cuido este pequeño refugio para solitarios lo mejor que puedo, ya que tengo una categoría que mantener. No soy una puta de lujo, pero tengo una clientela. Puedo incluso permitirme rechazar clientes que no me caen bien. Muchas de nosotras terminaron destripadas, con un cuchillo en las costillas. Asesinadas por perversos o islamistas sádicos. Mi estudio es coqueto, con clase sin pretender demasiado. Es

luminoso para quienes desean verlo todo, tamizado para quienes gustan de ambientes románticos, oscuro para quienes sus fantasmas asustan o repugnan. En las paredes y en el techo, espejos, equipados con cortinas. Hay hombres a los que eso los paraliza. A otros los excita. Más allá del interés de esta prestación, lo hago por mi seguridad: ver el que está detrás de ti puede salvarte la vida.

Tengo que estar siempre limpia. Cambio las sábanas entre dos clientes. No puedo encender el lavarropas cada dos horas para no despertar las sospechas de los vecinos, por eso me llevo todo a casa a la noche dentro de maletines. Tengo un promedio de seis a ocho clientes por día. A veces menos. Prefiero tener ingresos más modestos, pero tomar la menor cantidad de riesgos posible.

Sobre todo, me da temor que el ruido de la ducha llame la atención. Privilegio el aseo con el surtidor en la bañera. A veces, yo misma lavo a mis clientes. Forma parte de la prestación. La mayoría ya tienen una erección antes de que los toque. Los más excitados eyaculan sin esperar a que me desvista. La sexualidad masculina no tiene sorpresas. Muy pocas veces está a la altura de las palabras que tiene para describirse. Sobre miles de clientes y decenas de miles de servicios sexuales, nunca conocí la exaltación. Los hombres no tienen buen sexo. Demasiado brutales. Demasiado rápidos. Demasiado centrados en ellos mismos. Incluso cuando tuve sexo por amor, muy pocas veces, el acontecimiento parecía un desastre. Salvo con Eslimán...

Para no suscitar la desconfianza de los vecinos, les dije que era abogada. Puse una placa profesional con nombre falso en la fachada. Para todas y todos soy Malika Bensri, especializada en derecho comercial internacional. Una jugada arriesgada, destinada a disuadir a los vecinos a que un día vengan a tocarme

el timbre. Mi miedo es que uno de ellos, sin embargo, un día quiera apelar a mis servicios de abogada —o de puta—. Para el primer caso, afortunadamente conozco un abogado de negocios. Jugaría el juego. Daría el pretexto de que estoy ahogada en expedientes y lo enviaría con este colega competente. Si en cambio alguien del barrio me llama para echarse un polvo conmigo, sería difícil adivinar que es de la zona sin verlo antes por la mirilla. Es justamente por eso que desarrollé un sistema de filtrado de mis clientes: los nuevos deben ser obligatoriamente recomendados por clientes habituales. Eso limita el riesgo. Pero no es infalible. Si un día me descubren, voy a cambiar de barrio.